

SER FIEL A NUESTROS PRINCIPIOS AYUDA EN NUESTRA HIGIENE BUCAL ESPIRITUAL.

Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.
(1Corintios 15:58)

¿Cuántas veces nos hemos encontrado en situaciones en que nos ofrecen ciertas ventajas, con tal de que cedamos en nuestros principios? ¿Mantenemos entonces nuestra integridad o nos acomodamos? ¿Estamos dispuestos, por razones de conciencia, a renunciar a las ventajas que nos ofrecen, o peor, a ser marginados por no colaborar?

En su caso, ¿ha pensado cuál es su precio? ¿Hasta que suma de dinero usted es incorruptible, insobornable? ¿Cien mil Pesos? No, quizá eso es muy poco. ¿Pero si le agregan un cero a la derecha y le susurran al oído UN MILLON? ¿Está dispuesto a ceder? ¿Se pone usted firme y dice: Yo no puedo aceptar este tipo de ofertas? ¿O trata de justificar su deshonestidad diciéndose a usted mismo que hay ofertas que no se pueden rechazar?

La gente está acostumbrada a deslizar un sobre o un billete a la persona que tiene que tramitar un expediente, para que no ponga trabas y lo haga rápido, aunque es su obligación hacerlo por el sueldo que recibe. Esto es tan común que ya ni nos sorprendemos ni nos sonrojamos si nos acomodamos a la costumbre.

Hay quienes no se venden por dinero (ison incorruptibles!) pero sí lo hacen por una «pequeña» ventaja temporal, como podría ser un viaje, o un puesto, o un honor, o una posición de cierta importancia, y , a pesar de eso, se consideran honestos. Nunca se rebajaron a recibir un soborno pero sí un beneficio de otro orden.

El personaje de Daniel es sumamente interesante y las peripecias de su vida son extraordinarias lecciones. Él fue un hombre público que desempeñó altos cargos desde joven y sirvió a sucesivos gobiernos durante su larga carrera. Pero al principio, el rey encargó a un hombre de su confianza el cuidado, la manutención y la educación de los jóvenes israelitas. Pero Daniel como buen israelita, debía obedecer a las prescripciones de la ley de Moisés acerca de los alimentos, y había ciertos manjares y ciertas bebidas que le estaban prohibidas.

Dice la Escritura: **«Daniel se propuso no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió por tanto a su tutor que no se le obligase a contaminarse» (Daniel 1.8).** Y el funcionario, aunque con algunas dudas, accedió a su petición.

Daniel no condescendió con el mundo que le ofrecía satisfacciones y halagos: una mesa bien servida, vino abundante, diversiones y encima, una brillante carrera y formar parte del grupo privilegiado.

¿Cuántas veces nos hemos encontrado en situaciones parecidas? Se nos ofrecen ciertas ventajas, con tal de que cedamos en nuestros principios. ¿Mantenemos entonces nuestra integridad o nos acomodamos? ¿Estamos dispuestos, por razones de conciencia, a renunciar a las ventajas que nos ofrecen, o peor, a ser marginados por no colaborar?

Si es juez ¿cambiaría la sentencia a favor del culpable porque alguien bien situado se lo ordena? ¿Está dispuesto a arriesgar que lo cambien de puesto o que lo acusen falsamente de no ceder a las presiones?

Hoy más que nunca reinan los que venden su conciencia. ¿Cuál es su precio? ¿Ya lo ha fijado?

Seguir a Cristo también tiene su precio, pero es un precio de naturaleza diferente, que no siempre se mide en dinero. Puede que nos pidan que mintamos ante la opinión pública, o que tomemos parte en manejos que nuestra conciencia reprueba; o, simplemente, se nos pide que neguemos nuestra fe cristiana.

El apóstol Pedro se encontró una vez en una situación de peligro parecida y, para escapar de ella, negó que era amigo de Jesús. Si él decía que sí, quizá lo hubieran involucrado en el juicio como cómplice y hubiera acabado en la cruz junto a su maestro. Él lo amaba pero no como para arriesgar la vida o como para ser torturado.

Jesús dijo «**¿Qué provecho sacaré el hombre con ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mateo 16.26)**. Si pierde su alma, lo perdió todo porque los bienes son muchos pero el alma es una sola. Además el bien que pudo ganar a cambio de su alma dura muy poco. En cambio su alma es eterna.

Dios premió la fidelidad de Daniel y de sus compañeros haciendo que ellos encontraran gracia ante el funcionario que se encargaba de ellos. Por último, los premió dándoles más sabiduría que a los otros jóvenes de su edad (**Dn 1.19–20**), de tal manera que se destacaron en el grupo. El texto sagrado dice que el rey se mostró satisfecho con ellos y los convirtió en sus consejeros.

La fuerza de la fidelidad es el Fruto del espíritu que recibimos el día en que entregamos nuestras vidas a Dios

Ser fiel a Dios conlleva un precio, pero trae consigo también una recompensa. Puede haber sacrificios que afrontar, es decir, renunciar a los premios que da el mundo a los que se doblegan. Puede también haber peligros que sortear, incluso arriesgar la vida. Pero, al final, Dios nos premia y su recompensa tiene mucho mayor valor que las satisfacciones transitorias que ofrece el mundo.

Una persona fiel es aquella que constantemente hace lo justo y lo correcto, dice el **salmo 106:3 Dichosos los que guardan juicio, Los que hacen justicia en todo tiempo.**

¿Pero que beneficio hay en esto para mi boca?

Cuanto más mantengamos nuestros principios en alto y seamos fieles a ellos y a Dios. Las palabras que salgan de nuestras bocas estarán llenas de poder, y estarán respaldadas por nuestros actos.

Como resultado pues será en nuestras vidas como escribe Juan en **1 Juan 3:22: “y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.”**

Nadie podrá llegarnos al precio, porque estamos pagados con la Sangre de Cristo; lo que nos da poder para atraer grandes bendiciones y milagros a nuestras vidas por medio de nuestras Palabras.